



REVISTA SEMANAL.

Se publican cuatro números mensuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 7.º

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Cartas á Elisa: El catolicismo segun algunos, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—Una herencia de llanto, por id.—**Meditacion,** poesia, por D. Antonio Molina Gonzalez.—**Solo un Dios y solo un culto,** por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Á un ruiseñor,** poesia, por D. Antonio E. Aparicio.—**Seccion para los niños:** El rescate de un cautivo, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades:** El perro filósofo, por D. P. V.

CARTAS Á ELISA.

ESTUDIOS MORALES.

¿Qué me exiges, querida Elisa?

¿Qué me pides á mí, cuya ciencia es tan limitada que apenas bastará á manifestarte los sentimientos de mi corazon? Á mí, que solo tengo por guía para distinguir lo bueno de lo censurable el instinto de mi alma y la firme y sincera voz de mi conciencia?

Dices que quieres consultarme sobre algunas dudas que te asaltan y sobre tu conducta para el porvenir, y este deseo me pone en gran apuro.

Yo, hija mia, que nada sé, que necesito apren-

der mucho; que soy, por dicha mia, uno de esos espíritus sencillos que creen en Dios, sin pretender con un loco orgullo alzarse hasta Él para analizarle y juzgar sus obras: Yo que le adoro, sin presumir de comprenderle, y que inclino humildemente la sien ante esa valla que puso su omnímodo poder á la inteligencia humana, diciéndole al par: «De aquí no pasarás.» Yo, en fin, que al creer amo, y que al amar espero, humillando mi frente en el polvo y fijando en el cielo la mirada ¿cómo podré satisfacer tus preguntas, si yo misma ignoro lo que tú deseas aprender.

Pero en mi anhelo de complacerte, en mi afan de difundir en tu mente, no la vana ciencia del mundo, si no la ciencia purísima de Dios, voy á manifestarte mis ideas y á disipar en parte tus dudas, y empezaré por responder á tus preguntas sobre algunos católicos á quien no comprendes.

Hoy, hija mia, el árbol del catolicismo, combatido por furiosos y desatados vendabales y talado por cien manos extrañas, produce distintas flores y distintos frutos tambien, aunque presentando una misma apariencia, se les designa con el propio nombre.

Almas católicas, pues, se llaman todas, y sin embargo se dividen en dos ó tres clases, bien diferentes entre sí.

Le aquí, según la pobre opinión mía, su exacta clasificación:

Católicos tibios.

Católicos de conveniencia.

Católicos falsos.

Católicos perjudiciales,

Y católicos fervientes, verdaderos; católicos de corazón; legítimos hijos de Dios, á los cuales quiero que pertenezcas.

Los católicos tibios, Elisa mía, son aquellos que blasonan de cristianos en el interior de su casa, y que casi se avergüenzan de manifestarse en público como tales. Son aquellos que oyen blasfemar y no reprenden al blasfemo. ¡Hijos ingratos, que escuchan mancillar el nombre de su padre, y no acuden á reivindicarlo! Son aquellos que ven desmoronarse el edificio de la Iglesia y no pretenden sostenerle, porque este esfuerzo fatigaría su espíritu débil, indolente y apático! Son aquellos que perciben doquiera el clamor de la impiedad, y no alzan una sola voz para acallar su impuro grito! Son aquellos que ven á la sociedad correr á su perdición, insultando á Dios, escarneciendo la moral, pisoteando las creencias, y se apartan de su paso, temiendo en su egoísmo ser arrollados por su violento empuje, y fijando en ella una mirada indiferente, la dejan precipitarse en el abismo, sin sentir en su corazón el impulso de un arranque generoso que les haga tender su mano para intentar al menos salvarla! Son los que en la lucha de la religión contra la impiedad, se ocultan cobardemente sin manifestar ni sostener públicamente sus creencias! Son los que sin colocarse al lado del mal, no combaten resueltamente por el bien, limitándose cuando más á esconderse en el último rincón de su apartado hogar y hacer votos en su favor; votos tan ineficaces, tan helados y tan pequeños, como la insegura fe que anida en sus almas.

Estos son los católicos tibios, querida Elisa, de los que nada bueno se puede esperar nunca, porque su frialdad y su apatía les hace impotentes para el bien.

Yo les juzgo plantas parásitas que se alzan al pie del árbol santo del cristianismo, que viven á su amparo, pero que enlazándose á sus ramas absorben su savia, impiden su desarrollo, y no le dejan crecer frondoso y lozano para cubrir al mundo con su sombra.

Los católicos de conveniencia, amiga mía, abundan casi tanto como los que acabo de designarte, y no son menos censurables que ellos.

Ya sabes que la conveniencia es una palabra que entusiasma á muchos, y ante la cual enmudecen los buenos instintos y se apagan las más nobles resoluciones.

¡Conveniencia! esta frase lo explica todo.

Los que la anteponen al título de católicos, son los que buscan el medro al abrigo de la santa idea de Dios; de Dios, á quien no consagran una sola de sus acciones, si no tienen un móvil, un objeto de que puedan sacar partido.

Son los que se lamentan con el bueno del mal que mina la sociedad, y se rien con el impío de ese mismo mal, de consecuencias tan terribles.

Son los que en presencia de personas dignas y timoratas se descubren ante una imagen ó ante un sacerdote, en muestra de humildad y de respeto, y hasta besan presurosamente su mano, si esperan alguna cosa de aquella reverente acción; pero que niegan toda muestra de deferencia á estos mismos sagrados objetos, si con ello no puede alcanzar oro ó consideraciones ó posición ó buen nombre! Son aquellos que tributan igualmente sus atenciones al ministro de Dios que al estafador de oficio, consultando solo al hacerlo cuál de los dos puede traerle mayores ventajas! Son aquellos que al ver estallar un motín popular, esperan con el oído atento, pero con el labio mudo, el primer grito de la multitud; y ya sea este «¡viva la religión!» ya sea «¡abajo el altar!» gritan con aquellos cuyo número es mayor, y cuyas probabilidades de vencer son mayores por consiguiente; reservándose, sin embargo, una palabra, un suterfugio con que justificar su conducta, en el caso que los vencidos hoy fueran vencedores mañana! Son, en fin, hija mía, los que se envuelven en el manto del cristiano y del justo, para usurpar el puesto de tal! Son los que especulan con la religión; son los que trafican con un golpe de pecho, convirtiéndole en certificado de buena conducta antes las personas honradas!

Y dime, ¿qué significarán ante Dios las plegarias y las mentidas virtudes de semejantes católicos? ¿qué pesarán sus acciones en la balanza de la eterna justicia, si Aquel que lee en las conciencias y penetra en los corazones, sabe que el móvil de todos sus hechos fué solo el de la conveniencia, y que cual otro Judas serían capaces de venderle una y mil veces, siempre que á sus designios conviniera?

Y del que solo atiende á sus intereses, del que regulariza sus acciones por el producto que puedan darle; del que engaña á la sociedad engañando á la par á Dios ¿qué se puede esperar Elisa, de elevado y noble, y de generoso y de grande?

Pasemos á los católicos falsos! ¡ay mi dulce amiga, cuántos tipos repugnantes y malos, odiosos y miserables se encierran en este título!

Voy á señalártelos, aunque á vuela pluma, pues jamás acabaría si te hubiese de decir todo cuanto se me ocurre al tratar de ellos, y tú comprenderás que mis palabras, aunque severas y duras, son ciertas en demasía.

El usurero que comercia con el llanto y la sangre del desgraciado; que amasa su pan con el sudor del pobre; que absorbe lentamente y día tras día la vida, las esperanzas, el porvenir y el trabajo del infeliz que cae en sus manos: esas aves de rapiña sociales, esos bandoleros de salón, sin conciencia, sin remordimientos, sin corazón: esos que pretenden justificar su infamia, comparándola con otra infamia mayor: esos que intentan engañarse á sí propios creyéndose humanos, y probos, y justos, porque son menos miserables que los demás! esos que no se juzgan usureros porque ven otra usura mas criminal que la suya, sin comprender que ya un cristal se rompa en veinte pedazos, ya se rompa en ciento, siempre quedará inútil; esos, Elisa mía, aunque estén una hora y otra arrodillados ante el altar, aunque pisen la iglesia cada ocho días para asistir al incruento sacrificio; aunque se precien de creyentes, aunque en sus labios aparezca de continuo el nombre de Dios, ¿podrán ser nunca buenos católicos? ¿podrán ser fieles hijos de Aquel que arrojó del templo á latigazos á los prestamistas judíos? No, y mil veces no: Yo no puedo creerlo porque esos son los malos cristianos, porque esos son católicos falsos!

Los que acumulan el oro por el solo placer de acumularle; los que no tienden una mano al indigente, los que no dan una limosna al mendigo, los que no consuelan al que sufre, los que en su endurecido corazón no sienten con el que llora; los avaros, los agiotistas, los calumniadores, ¿podrán vanagloriarse con el título de buenos católicos? Ya comprendes que no, Elisa, ya comprendes que no, y que esta palabra en su boca sería una ofensa mas á la religion á quien deshonran. Estos son los frutos podridos, que pretenden manchar las bellas hojas del árbol del catolicismo, escudándose bajo sus ramas; estos son los que le mancillan, estos son sus enfermos renuevos, estos son tambien los falsos católicos!

(Concluiré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuación).

En una extensa habitación, adornada con muebles lujosos, pero antiguos, y que recibe luz por dos anchas ventanas abiertas sobre el campo, se halla una jóven extremadamente bella, aunque su semblante revela una tristeza y un pesar que, siendo habituales, dan un carácter dulce y simpático á su melancólica hermosura.

Con una actividad y un afán extraordinario arregla los almohadones de un ancho sillón, colocado junto á una de las ventanas; plega las cortinas graduando de este modo la luz, y aviva el fuego que arde en la chimenea, para que dé mas calor á aquel vasto salón, sombrío, á pesar de su lujo y de su extension.

De vez en cuando la jóven suspende sus minuciosas tareas y se dirige á la ventana, fijando sus hermosísimos ojos en la vasta extension que rodea la casa, y sobre todo, en la calle de enebros que precede á la puerta principal.

Acaso espera la llegada de alguno; acaso busca entre las escuetas ramas de los robledales y las encinaslejanas, la figura de un ser cuyo nombre vaga en sus labios y cuyo recuerdo llena su corazón.

¡Es tan niña y es tan hermosa que facilmente se puede creer, no solo que ama, sino que tambien es amada!

Aquella jóven se llama Margarita, y vive acompañada de su padre y de sus hermanos en la hacienda de los Enebro, poco distante de la que habita la rica familia de D. Diego Lopez de Avenaño.

En una de las veces que Margarita se hallaba delante de la ventana, preocupada tal vez con alguna dulce esperanza; una voz agria y desapacible llegó á su oído, pronunciando su nombre y haciéndola estremecer.

—¡Ah! mi padre me llama ya, murmuró con pena, mi padre me llama y aun no he visto pasar á Rafael!

—¡Margarita! volvió á gritar la misma voz, aunque mas fuerte y mas irritada.

—Aquí estoy, señor; exclamó la jóven corriendo rápidamente á la puerta de una alcoba, situada en un extremo de la habitación; aquí estoy.

—Ayúdame á vestir: es tarde ya, y estoy cansado de estar en este lecho donde apenas duermo, y donde paso con tal lentitud las horas.

Margarita, con una paciencia y una dulzura angelical, puso las ropas á su padre, y cuando ya estuvo cubierto con ellas, cojió un tirador co-

locado junto al lecho, y llamó á un criado que no tardó en aparecer.

Entre este y la jóven sentaron al anciano en un sillón, y entre ambos también le sacaron de la alcoba, llevándole junto á la chimenea y dejándole allí con las mayores precauciones.

Margarita, con un cuidado sumo, puso una banqueta á los piés de su padre, á aquellos piés inmóviles por su larga parálisis, y colocándole en una posición cómoda, le preguntó con dulce voz si quería que le sirviese el almuerzo.

Á un signo afirmativo del enfermo, la jóven se dirigió al criado para darle algunas órdenes, que este se apresuró á cumplir, saliendo al punto de la estancia.

Ella, entretanto, acercó un pequeño velador junto al sillón de su padre, y cuando el criado, con una bandeja en la mano volvió á entrar en la estancia, empezó á servirle el almuerzo con el mismo cuidado y el mismo amor con que una madre cuida y sirve á su pequeño hijo.

Mas á pesar de tanto mimo, de tanta ternura, de tan profundas muestras de respeto, el anciano trataba á la jóven con frialdad, casi con dureza, no dirigiéndola una palabra dulce, una mirada halagadora.

Cuando concluyó el almuerzo, cuando el criado se hubo retirado, Margarita iba á tomar su labor y á sentarse sin duda junto al hogar; pero su padre la detuvo diciéndole con acento breve:

—¿Qué vas á hacer?

—Iba á terminar este bordado, padre mio.

—Siempre ocupada en cosas inútiles, en niñerías; está visto que no sirves para nada.

Margarita dejó su bordado y preguntó tímidamente:

—¿Qué desea V. que haga?

—¡No sé, me aburro de todo! lee un poco.

La jóven tomó un libro y buscó entre sus capítulos el que juzgó mas oportuno.

Era una magnífica Biblia, cuya lectura empezó pausadamente y con voz lenta y suavísima.

—¡Siempre lo mismo! exclamó el enfermo al cabo de algun tiempo, contrariado y ceñudo; ¡siempre lo mismo! pasa algunas páginas y busca aquellas que hablen de esperanza y de perdón, no de justicia y de castigo.

—Pues bien, exclamó la jóven con rapidéz; dejemos las sentencias de Moisés, y pasemos á las parábolas de Jesucristo.

—Eso es! ¿hay en ellas alguna que refiera la remisión de un gran crimen por medio de un largo, de un eterno remordimiento? ¿hay alguna que haga esperar á los culpados el olvido de sus faltas el perdón de sus delitos?

—¡Oh! sí, padre mio; en cualquiera de estas

páginas se encuentra confirmado que una lágrima, una plegaria basta á borrar una vida entera de culpas y de maldades.

—Lee, lee, pues, dijo el anciano con afán.

Margarita obedeció, y empezó la consoladora y santa historia del Hijo pródigo, y á medida que de sus labios brotaban aquellas dulces frases, en que se revela que mas alegría causa en el cielo el arrepentimiento de un pecador que la perseverancia de cien justos, una expresión de consuelo y de bienestar aparecía en las descarnadas facciones del anciano paralítico.

—¡Oh! murmuró al fin cuando la jóven acabó su lectura: ¡Si eso fuera verdad!

—Si lo es, padre mio, sí lo es! y en ello estriban las esperanzas de la humanidad; en ello estriba el consuelo de los culpables, que sin esto....

—¿Qué vas á decir? preguntó el enfermo con ansiedad.

—¡Oh señor! mis palabras nada tienen de común con V.; con V., el mas honrado y justo de los hombres, cuyas manos no se han manchado jamás con el crimen.

Al decir esto, Margarita fué á estrechar aquella mano querida, pero su padre la retiró dejándola inmóvil y muda.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

MEDITACION.

DEDICADA EN PRUEBA DE CARINOSO RECUERDO

Á MI QUERIDO PRIMO

GONZALO CÁNOVAS MARTINEZ.

Doquiera que mi vista ansiosa giro
Allí de tu poder la muestra veo;
Atónito, Señor, constante admiro
Tus obras donde el alma yo recreo.

Yo te admiro, Señor, en las montañas
Que sus cumbres levantan hasta el cielo,
Y esconden en sus horribas entrañas
Mil tesoros que son del hombre anhelo.

Te admiro en esas flores centellantes
Que bordan el azul del firmamento;
Vívidas como chispas de diamantes,
Puras como de un niño el pensamiento.

Yo te admiro, Señor, en cuantas nubes
Recorren sin cesar el ancho espacio,
Y que sirven de alfombra á los querubes
Que guardan tu magnífico palacio.

Te admiro en la mugiente catarata
Que forma montes de nevada espuma;
Y al descender cual derretida plata
Levanta densa y dilatada bruma.

Yo te admiro en la ola que batalla
Por traspasar un límite seguro,
Do estrella su poder, su furia estalla....
Que aunque débil arena es fuerte muro.

Te admiro en esa antorcha luminosa
Que presta al mundo vida y alegría;
En esa luz sublime y pudorosa
Que reemplaza en la noche á la del día.

Yo te admiro en la selva, en la pradera,
Puesto que todo tu poder lo inunda:
En las fieras que habitan la primera,
En las flores que bordan la segunda.

Yo te admiro, Señor, en la canora
Ave, de plumas leves y rizadas,
En el águila audaz, reina y señora,
Que anida entre las rocas escarpadas.

Te admiro en el insecto que entre flores
Habita por lucir sus bellas galas;
Que con soberbia ostenta los colores
Que impresos lleva en sus ligeras alas.

Yo te admiro en el plácido arroyuelo
En la mar anchurosa é imponente;
En el lago que copia el puro cielo,
En el furioso y bramador torrente.

Te admiro en el rugir del fuerte viento
Que derrumba edificios seculares,
Y en el suspiro que del aura siento
Cuando besa las flores á millares.

Yo te admiro, Señor, también te amo
y tu inmenso poder doquiera veo;
Y al contemplar tus obras siempre exclamo:
¡Señor, yo adoro en tí, y en tí yo creo!

Antonio Molina Gonzalez.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

»Mi primera mirada al volver de mi desmayo
»fue para Héctor.

»Él estaba allí, á mi lado, prodigándose toda

»clase de cuidados y llamándose con los nom-
»bres mas dulces y cariñosos.

»Sin embargo, mi corazón se oprimió doloro-
»samente al verme en una casa enteramente ex-
»traña para mí, sin un objeto, sin un mueble,
»sin un adorno que me recordase los días de mi
»pasada vida.

»Un raudal de llanto se escapó de mis ojos:
»llanto que mi esposo se afanó por enjugar, pero
»el cual comprendí que le ofendía.

—»¿Por qué ese pesar? me preguntó con un
»acento ligeramente contrariado; me has dicho
»que me amabas sobre todas las cosas de este
»mundo, ¿es que estas palabras no encerraban
»una verdad, ó es que no me crees suficiente pa-
»ra labrar tu felicidad?

—»No, Héctor, murmuré dulcemente; yo te
»amo, tu cariño es mi vida, pero mis padres....

—»Tus padres me han cerrado las puertas de
»su casa; no han querido concederme el título de
»hijo: la culpa no es mía si estás separada de
»ellos.

»Yo nada respondí: y en aquellos primeros mo-
»mentos hasta casi le dí la razón.

»Mi esposo habia arreglado nuestra casa de
»un modo conveniente para hacérmela agrada-
»ble, y quiso mostrármela para saber si estaba
»conforme con mis deseos: todo respiraba en ella
»buen gusto y bienestar.

»El recibimiento era alegre, y aunque reduci-
»do, estaba elegantemente amueblado.

»En el dormitorio y en el cuarto destinado pa-
»ra mi tocador, habia empleado el mayor esme-
»ro, adivinando para complacerme mis gustos y
»mis menores caprichos.

»Al extremo de un largo corredor, y bastante
»separado del resto de la casa, estaba el despa-
»cho de Harry.

»Penetramos en él, y ví por todas partes mul-
»titud de libros de todas clases y todos tama-
»ños, cuyo objeto no me espliqué.

»También en uno de los testers miré una
»puerta cerrada que Héctor no pensó en abrir.

—»¿Á dónde va esa puerta? le pregunté viendo
»que nada de ella me decía.

—»Á un pequeño corredor; respondió él sin
»dar la mas mínima importancia á mi pregunta.

—»¿Y ese corredor?...

—»Conduce á una escalera que tiene comuni-
»cacion con la calle.

—»¿Con la calle! insistí yó; luego esta casa
»tiene dos salidas?

—»Sí, querida mía; pero no te cuides de eso:
»así no te causará molestia alguna el que...

—»Sigue, le pregunté viendo que se detenía.

—»Nada, pasemos adelante, y dime si exiges

»ó deseas alguna variación ó alguna cosa nueva.
—»No, le contesté; todo esto es muy bello, y
»además yo encontraré bien cuanto me rodee
»cerca de tí, pues todo á mis ojos lo embellecerá
»tu ternura.

»Él estrechó mi mano, dándome gracias con
»una mirada.

»En los primeros días de nuestro enlace y
»mientras Héctor estuvo á mi lado, su presencia
»borró los demás recuerdos de mi mente, y alejó
»la tristeza y el remordimiento de mi alma.

»Pero la primera vez que me quedé sola, la
»imagen de mi madre, tan dulce, tan indulgente
»para conmigo, apareció á mis ojos; y las pos-
»teriores palabras de mi padre empezaron á reso-
»nar en mi oído, causándome alguna inquietud.

—»¡Oh! dije; Harry es bueno, su posición es
»sin duda mejor que la nuestra, á juzgar por lo
»que me rodea. ¿Por qué, pues, mi padre se opon-
»dría á nuestra unión? ¿qué motivo hallaría para
»rechazarle, causando con ello mi desgracia? no
»sé: no lo comprendo ni puedo explicarlo! Le ha-
»brán engañado? ¿le habrán informado mal? ¿se-
»rá su conducta? ¿será su nacimiento?... ¿será
»su falta de creencias? mi padre es tan recto, tan
»severo en esto!... Sí, eso debe ser; y cuando le
»vea convencido, transformado por mis consejos,
»todo lo olvidará y nos abrirá sus brazos, coro-
»nando de este modo mi ventura. Y yo conse-
»guiré que mi esposo participe de mis convic-
»ciones, sí; yo lo conseguiré: él me ama, cederá
»á mis ruegos; ¡puede tanto la voz de una perso-
»na querida! además la Virgen me ayudará á
»volverle al camino del bien, á atraerle á la
»sombra del árbol santo de la Cruz. Yo lo creo,
»yo lo espero, yo se lo rogaré todos los días.

»En aquel instante sentí una necesidad de al-
»zar á Dios mis plegarias, é instintivamente
»busqué, como tenía de costumbre hacerlo, la
»santa imagen de la Virgen, que en mi cuarto
»de soltera velaba mi sueño.

»¡Ay! no estaba allí: no había ninguna que pu-
»diese reemplazarla!

»Juzguélo un olvido de Héctor, y esperé su
»venida para rogarle que lo remediase.

»Aquella casa me pareció entonces mas solita-
»ria y mas triste.

»Ni un signo de nuestra redención, ni un re-
»cuerdo del cielo encontré en ella.

»Entonces, por primera vez, eché de menos la
»morada de mis padres, santificada doquiera por
»la presencia de Dios.

»Aguardaba á mi esposo con impaciencia para
»manifestarle mi deseo, cuando este apareció en
»la estancia en que me hallaba.

»Le expuse mi pretensión, pero lejos de encon-

»trar en su semblante la expresión afable de
»otras veces, vi que fijó en mí sus ojos de una
»manera fría y penetrante, y me dijo con un
»acento que hirió las fibras de mi alma:

—»Olvida esas niñerías. Un lienzo ó un trozo
»de madera son objetos bien insignificantes pa-
»ra que muestres empeño en ellas. Si te agradan
»las buenas pinturas, en nuestro salón tienes
»varias; sobre todo algunos retratos de fami-
»lia; y si deseas algunas mas, dímelo y te com-
»placeré, pero no pidas ridiculeces, contrarias
»á mi modo de pensar: no solicites eso que tú
»llamas imágenes, y que no sirven para otra
»cosa que para fomentar esas supersticiosas
»ideas que has alimentado hasta aquí, y que yo
»quiero que alejes de tu mente; ¿lo entiendes? yo
»lo quiero!

»Quedé aterrada ante estas palabras: todas mis
»ilusiones murieron al escucharlas.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

À UN RUISEÑOR.

¡Cómo cantas, ruiseñor,
en la copa de esa acacia,
mientras tu dueño querido
el amante nido guarda!...

Ella comprende el lenguaje
que desde esa verde rama
le diriges, amoroso,
en esas tus dulces cántigas.

Tú eres feliz... te comprenden...
llevas la dicha á las almas;
haces suspirar de amor
á tu compañera amada.

Con tus cantos la embelesas:
por eso tu lengua harpada
hace sonar melodías
en esa umbría enramada....

Ella te lanza de amor
una infinita mirada;
ella en el nido suspira,
suspira porque te ama.

Yo también canto, y mi canto
desapercibido pasa,
como nube de verano,
fugitiva, ténue, vaga!...

Yo no hallo quien me comprenda;
por eso el alma penada,
en vez de cantos alegres
tristes endechas prepara...

Por eso, mientras la dicha

sienten todos en su alma,
yo, en esas horas tranquilas
de la noche solitaria,
escribo tristes canciones,
inspirándome en la calma
que me cerca, y dirigiendo
á ese jardín mis miradas,
donde tú cantas amores
en las ramas de esa acacia.

Antonio E. Aparicio.

Jaen, 16 Mayo 1876.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

FLORES DEL CIELO.

EL RESCATE DE UN CAUTIVO.

(Continuacion).

—¡Tú aquí! repetía sin cesar el venerable prelado mas asombrado cada vez.

—Yo, sí, mi amado tío; yo que supe ayer por un escudero de mi padre que estabais cautivo, y que he venido á ofrecerme á ese rey moro, para que me deje ocupar vuestro lugar quedando vos en libertad.

—¿Qué dices, hijo mio? exclamó el anciano mirando á Pelayo con asombro, mientras dos lágrimas silenciosas rodaban por sus venerables mejillas.

—¡Oh, la verdad! Cuando en nuestro campo se supo la nueva de vuestro cautiverio, todos se agitaban, clamaban todos, diciendo que ¿qué seria de las ovejas sin su amado pastor? Los mas tímidos lloraban, los mas osados proponían venir y entrar en Córdoba, obligando á Abderraman á que os devolviese la libertad; pero la derrota sufrida, decían que hacia casi imposible este deseo.

—Mas tú?...

—Yo les escuchaba á todos, y concebí el proyecto de libraros solo. Como nadie se fijaba en mí, abandoné rápidamente el campamento, aprovechando la ausencia de mi padre y la general confusion: mi idea era venir aquí, como os he dicho, y he corrido toda la noche invocando al ángel de mi guarda para que me guiase en la oscuridad.

—¡Hijo mio!

—Sin duda Dios me ha escuchado, pues al nacer la aurora distinguí á lo lejos las torres de una ciudad; pregunté á unos pastores, y me dijeron que era Córdoba. Entonces precipité mi

carrera, y llegué á la puertas de la poblacion cuando acababan de abrirlas: vine á este alcázar y dije á los soldados moros que era el sobrino del santo obispo de Tuy, y que queria verlos sin tardanza. En un principio no pensaban en hacerme caso; pero mi llanto les convenció en breve, y sobre todo, ¿qué temor les podía inspirar un pobre niño de mis años? me dejaron pasar, y gracias á un joyel de piedras preciosas que llevaba en el seno, he conseguido que abrieran las puertas de vuestro calabozo, y que me dejaran entrar en él.

—¡Oh! Pelayo, ángel de inocencia, ¿qué has hecho, qué has hecho al penetrar en esta ciudad para arrojarte en poder de nuestros enemigos?

—No temais por mí, Señor. Yo diré á ese rey moro que me quedo en vuestro lugar, y ya veréis como os deja ir.

—¿Y juzgas que aunque aceptara él, yo admitiria ese cambio?

—Sí, porque vos en breve volveríais por mí. Mi nodriza me ha contado muchas noches, cuando velaba junto á mi lecho, que á los cristianos cautivos los rescataban con una gran cantidad de dinero. Vos, tío, la pedireis á mi padre, que es rico, y vendreis á rescatarme.

En aquel instante los cerrojos de la prision se descorrieron con estrépito, y una numerosa escolta morisca, con un jefe á la cabeza, apareció en la entrada de la prision.

—Cautivo, exclamó aquel hombre; el rey, mi Señor, á quien Alá proteja, me envia á deciros que pone precio á tu persona, avalorándola en mil doblas de oro, y en todos los soldados moros que tienes prisioneros en tu palacio de Tuy. Añade, además, que si no encuentras buena su decision, esta tarde al ponerse el sol perecereis tú y los que contigo perdieron la libertad.

El venerable anciano fijó su serena mirada en el enviado de Abderraman, y respondió con benigno acento:

—Moro, dí á tu señor que acepto sus condiciones, y que si me deja partir, antes de espirar el plazo que él señale, tendrá en su poder las mil doblas de oro y cuantos infieles se encuentran tras de los muros de la ciudad en que resido, á donde era mi deseo conservarlos solo con el objeto de hacerles conocer algun dia al verdadero y único Dios.

Una expresion colérica y feroz se pintó en las facciones del sectario de Mahoma, pero conteniéndose rápidamente,

—Sí, te alejarás, dijo; volverás entre los tuyos, pero aun resta la postrera condicion.

—Dí? preguntó Ermosigio con la ansiedad del

que teme ver destruida su mas hermosa esperanza.

—Ese niño que la casualidad ha traído á tu lado, quedará en rehenes en nuestra ciudad, hasta que tú hayas cumplido lo que acabamos de estipular.

—¡Quedarse aquí Pelayo! exclamó el anciano aterrado.

—Sí, tío mio, sí; ya veis que hice bien en venir.

—¡Nunca! eso no puede ser, hijo mio. Moro, di á tu señor que prefiero la muerte á dejar á este niño en sus manos.

—Tu muerte no le librará de nuestro poder, pues muriendo tú, ó perderá igualmente la vida, ó quedará para siempre cautivo.

—¡Ay de mí! ¿qué has hecho hijo mio?

—Y no solamente perecerás tú y él, sino los demás cristianos hechos prisioneros ayer.

El obispo inclinó la frente con dolor, impotente para remediar aquel mal.

—¿Qué resuelves, cristiano? preguntó el enviado de Abderraman.

—Cúmplase la voluntad de Dios! murmuró con abatimiento el anciano: di á tu rey que me resigno á cumplir sus órdenes, no por mí, sino por mis compañeros.

El moro salió de la prision: Ermosigio abrazó á sus sobrino y ambos permanecieron silenciosos, aguardando el término de aquella jornada.

Algunas horas despues la puerta del calabozo se abria de nuevo para dar salida al anciano ministro de Dios.

Al ir á partir estrechó al niño sobre su corazón, y bendiciendo su purísima frente,

—Adios, hijo mio, le dijo; la Santísima Virgen María velará por tí: nada temas, ella te amparará durante mi ausencia, y en breve volveré para conducirte á los brazos de tu madre, que te espera sin duda llorando; entretanto, hijo mio, no dejes de invocarla, ni olvides entre los infieles que eres hijo de Dios, sellado con su sangre en la cumbre del Gólgota.

—¡Oh! no lo olvidaré jamás; moriré mil veces antes, os lo juro por esta bendicion con que habeis santificado mi frente.

Los guardianes se interpusieron para separarlos, y Ermosigio salió dejando solo á Pelayo en la sombría prision.

Cuando la puerta se cerró, el tierno niño sintió que se le oprimia el corazón, y murmuró con un acento del alma.

—¡Reina de los ángeles, haced que vuelva pronto, pues tengo miedo en esta prision!

(Continuare).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIEDADES.

EL PERRO FILÓSOFO.

Comian en la posada de los Tres Pilares, en Francia, varios amigos. Y en la misma mesa estaba tambien un párroco humilde, sencillo y afable con todo el mundo, cual acostumbra ser los párrocos de aldea. Comia el buen sacerdote sin cuidarse de las pullas é indirectas con que los comensales trataban de mortificarle. Contentábase él con sonreir, y solo se interrumpia para dar algun mendrugo de pan seco á su fiel perro, que estaba echado á sus piés.

Un caballero que ya frisaba en los cincuenta años, estaba sentado frente al sacerdote; y sonriendo á sus compañeros, cortó una pechuga de pollo y la ofreció con toda urbanidad y finura al sacerdote.

—Vaya, señor cura de Santa Úrsula, V. no come nada; yo le suplico que acepte mi obsequio.

—Mil gracias, caballero, se lo agradezco sumamente; estoy satisfecho.

—Pero, señor cura, ¿qué ganas tiene V. de sufrir hambre! acepte sin cumplidos.

—Gracias, gracias; es hoy viernes y no podemos comer carne.

—¿Cómo! ¿tan atrasado está V.? ¿Por ventura cree que Dios se inquieta de si el hombre come carne ó pescado? Vaya, vaya, los filósofos tenemos formada de la Divinidad otra idea mas noble y mas digna. Comemos cuanto queremos, y todo nos aprovecha; Dios solo mira al corazón. Vaya, acepte V. esa pechuga, y déjese de escrúpulos.

El cura toma la pechuga, llama á su perro, se la da, y queda engullida en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Así desprecia V. mi obsequio, señor cura?

—De ningun modo, caballero; solo que he querido probar si mi perro era tambien filósofo, y realmente, veo que lo es, supuesto que, al igual de vos, el pollo le ha sentado bien, sin cuidarse de si era viernes ú otro dia cualquiera.

Los criados, al par que los comensales, se rieron estrepitosamente del ingenio del buen cura; y tres comensales que, á imitacion del «filósofo», ibas á promiscuar, separaron los platos temerosos de ser comparados tambien al perro «filósofo».

Terminóse la comida sin que nadie pronunciara una sola palabra, y ni un comensal se separó de la mesa hasta que el cura hubo dado las gracias, práctica desusada de nuestros filósofos.

Levantados de la mesa, un sugeto de los que presenciaron la escena preguntó al cura:

—Al oir tanta pulla é indirecta, ¿no se disgustaba V.? ¿No hubiera perdido su serenidad si hasta los postres se hubiese seguido tanta fanfarronada?

—De ningun modo, caballero; hace mas de treinta años que estoy entre tales filósofos.

—¿Es que sas feligreses seguirán las máximas del dia?

—De ningun modo: hoy cumplen quince años y dos meses que estoy al frente del manicomio de Santa Úrsula, cuidando locos.—P. V.

Granada. Imprenta de D. Francisco Reyes.